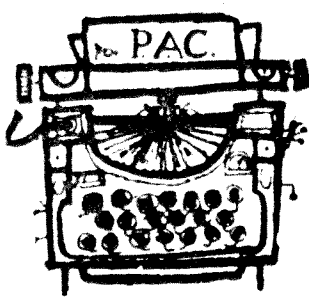


escrito a máquina

Nuestro Espacio Vital Urbano



En mi escrito anterior —que por algunos comentarios me parece no fue bien comprendido (alguien me dijo que yo había escrito en defensa de la haraganería) me preguntaba si el nuevo ritmo de trabajo del nicaragüense, más intenso y continuo ahora que en toda nuestra historia anterior, estaría regulado de acuerdo a las condiciones de nuestro clima, o si copiábamos ciegamente horarios y regulaciones de otros países —de condiciones y climas diferentes— y si este descuido, a la larga, no vendría a causar perjuicio a la misma producción y a poner en peligro la especie. Me preguntaba también si lo que llamamos indolencia no sería efecto de nuestra equivocada distribución de las horas de trabajo y de las horas de descanso... En fin, mi intención era y es despertar inquietudes y provocar la reflexión sobre aquellos temas que interesan o atañen medularmente a la cultura y a la vida del hombre nicaragüense.

Pues bien, así como el cambio de ritmo de trabajo —producido por la nueva organización de la actividad humana en la sociedad actual— plantea esos interrogantes y problemas que he propuesto, así también hay otra situación nueva —paralela a la del ritmo de trabajo— que es interesante también plantearse y estudiar: me refiero a la noción de “territorialidad” que está variando de manera rápida y revolucionaria con el crecimiento, hasta la vez, caótico, de Managua. La noción de “territorialidad” ha sido utilizada por los naturalistas para designar la proporción espacial mínima para el normal desenvolvimiento de una especie. Como dice Edward T. Hall “desde la simple ameba celular, hasta el hombre, la territorialidad desempeña un gran número de funciones; entre ellas, una de las más destacadas es la de preservar y mantener el medio ambiente y la especie, conservando unas densidades de población viable. Cuando la población aumenta hasta llegar al hacinamiento, la territorialidad desempeña su papel poniendo en marcha ciertas reacciones automáticas que reducen la población”. “Las experiencias realizadas con animales han sido terriblemente explícitas. Así, por ejemplo, si se obliga a una gran cantidad de ratas a vivir hacinadas, surgen fenómenos de agresividad, de homosexualismo y de degeneración orgánica. Con varias clases de animales han sido comprobados los fenómenos degenerativos que se producen con el hacinamiento”.

“Trasladado todo esto al terreno humano también aquí está probada la existencia de unos rasgos característicos de patología social, física y mental que crecen al reducirse la superficie habitable por individuo”. (1)

No se trata —entiéndase bien— de sólo aumento de población, sino de las consecuencias de ese aumento cuando se produce desordenada y caóticamente en relación con la habitación humana, por el hacinamiento, la promiscuidad y la falta de espacio vital que impiden la intimidad y provocan excesos de tensión.

El crecimiento de la delincuencia, de la homosexualidad y el aumento de otras degeneraciones que registran los diarios de Managua, no sugieren las reacciones de las ratas hacinadas cuando vemos las habitaciones y cubículos de nuestro cinturón de miseria?

Solemos hablar del nicaragüense como de un ser estático, pero nuestro pueblo, al sufrir el imán de la Capital y al concentrarse sin control y sin orden en las barriadas, está transformando rápidamente su carácter y su modo de ser. Si un ritmo de trabajo que no toma en cuenta el clima y que obliga al hombre a sobregirarse biológicamente puede ser una cifra de degeneración, con mayor razón si ese mismo hombre de trabajo vive en un espacio vital abajo del mínimo, que lo convierte en un ser patológico, irritable, desmoralizado y que lo arroja —según los experimentos con animales que hemos citado— al umbral de la delincuencia.

En casi todas partes del mundo, el violento crecimiento de las grandes ciudades en la era industrial, produjo y todavía produce ese fenómeno caótico de aglomeración y hacinamiento que desató las funciones de la “territorialidad”: crimen, homosexualismo, aberraciones patológicas, etc.; obligando a estudios y gastos, cada vez mayores, para solucionar el problema. Nuestro crecimiento capitalino ha venido a presentarse a la zaga de ese fenómeno mundial. Si predominara el sentido humanista en nuestros dirigentes pudieran sacarle provecho a nuestro atraso y no caer de bruces en el mismo abismo en que todas las ciudades del mundo —con raras excepciones— cayeron y del cual a duras penas y, con gastos ingentes están tratando de salir, sino aprovechar la experiencia ajena para CONTROLAR y PLANIFICAR el crecimiento y la congestión de Managua antes que la solución se haga tan cara que sea inaccesible para nuestra economía de país pobre. En vez de esa previsión hemos librado la expansión de la Capital a la más completa e inhumana improvisación. Barrios como el de Acahualinca, descuidos tan deprimentes como el de nuestra costa del Lago, —razón de ser y de belleza de Managua— crecimientos tan caóticos e incontrolados como los de nuestros barrios suburbanos, nuestra carencia de parques a pesar del calor, etc., dan idea de que nuestra

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Capital se pobló en alguna etapa de anarquía, sin ley ni autoridad, tal es el desastre o la locura que revela su plano y su "desarrollo" urbanísticos.

¿No revela todo esto un descuido de lo fundamental humano y esa falta de cultura tan característica de la codicia (del culto pinche y provinciano al dinero), que sólo aprecia la eficacia momentánea, el negocito rápido, el esquilmo, sin importarle los valores permanentes, ni las consecuencias futuras, ni el bien común?

¿Extraño nacionalismo el que cultivamos: nacionalismo de cancioneros y discursos: "nuestra linda Managua", "perlas del trópico", "progresos"... Un Narciso que contempla extasiado su imagen en el agua de una cloaca...!!

Pero el nacionalismo, si tiene alguna validez, no es como refugio de complejos ni como sentimiento fatuo de vanidad nacional, sino como protección de los valores básicos de la nación; como defensa de esas originalidades que forman la personalidad de un pueblo; como verdadero amor a lo propio que comienza por evitar la fealdad, la explotación, el sufrimiento...

PABLO ANTONIO CUADRA

(1) NOTA.—De extraordinario interés para aquellos que desean ampliar sus conocimientos sobre el desarrollo de la ciudad del porvenir es el ensayo de Fernando de Terán: "EL FUTURO DE LA CIUDAD" que publica "Revista de Occidente" de Madrid en su doble número (56-57) dedicado a EL FUTURO.